



LA ACEPTACIÓN DE SÍ MISMO

*Romano Guardini
Editorial Lumen, Buenos Aires, 1992*

Todo pensador sabe que constantemente vuelve a encontrarse con cosas que parecen muy sencillas, e incluso banales, pero cuya aparente banalidad es sólo el reverso de su profundidad y riqueza de sentido.

Esa sencillez puede convertirse incluso en cobertura de su importancia. A nuestra expectación le gusta buscar lo interesante e inaudito: pero mientras nos aferramos a ese deseo, lo realmente importante se reviste del carácter de lo cotidiano, desapareciendo así a la mirada. El auténtico pensador debe aprender a traspasar la apariencia de la obviedad, penetrando en la profundidad sumergida.

Pongamos nuestra mirada en una verdad así; la verdad que nos afecta de modo más inmediato: que yo soy éste que soy, precisamente el que soy; y cada cual de nosotros es él mismo.

La expresamos con esta frase: "Soy para mí lo absolutamente dado." Aquello que para mí es obvio que sea: lo que forma el presupuesto de todo lo demás; aquello con que lo relaciono todo, y desde lo cual avanzo hacia todo.

En efecto, en todo me presupongo yo. Toda afirmación que haga, contiene, de modo abierto o implicado, la palabra "yo". Todo acto que realice está sustentado por "mí". Lo que ocurre en el ámbito de mi vida me afecta a mí. Siempre estoy. ahí: directamente, en actividad inmediata, en encuentro o influjo; o indirectamente, en cuanto que son afectados "mi" ambiente, "mi" país, "mi" mundo.

Por ahí puedo alejarme cada vez mas del Yo inmediato. "Ambiente", se dijo, "país", "mundo"; pero siempre persiste la relación conmigo; es el ambiente que me rodea; el país en que habito; el mundo al que pertenezco. Puedo intentar superarme a mí mismo y hablar de las cosas como si no estuviera yo. Es algo muy bueno: un ejercicio del espíritu para hacerse capaz de prescindir de sí mismo. Sin embargo, persiste la ligadura: pues siempre soy yo el que intenta ir más allá de sí mismo del tal manera; prescindiendo de que yo mismo me asumo en ello, pese a todo, y toda mirada, aun la más sencilla, que yo dirija a algo, me contiene a mí.

Así, pues, soy el vivo polo opuesto frente al mundo. Para mí existe sólo en cuanto es aquello en que existo yo, aquello en que me encuentro y en que actúo. Un mundo en que no estuviera yo es una mera idea-límite que me guarda de sobrevalorarme: de veras no lo puedo pensar... Pero la situación objetiva es aún más tajante: una vez que yo existo, ya no hay en absoluto un mundo en que yo no existiera. Esto suena extraño a todo aquél que haya comprendido un poco qué necio es sobrevalorarse, pero así es. Para todos es "mundo" su mundo, y no hay otro realmente.

Así, pues, mi Yo tiene el carácter de la inevitabilidad; casi se diría que una especie de necesidad. Sólo que "casi", y de lo que significa ese "casi" hablaremos ahora. Pero de todos modos, casi. Es lo presupuesto en todo. Lo que está contenido en todo. Lo inmediato: es cercanía hasta lo más íntimo: precisamente "yo".

Pero ahora hemos de hablar de ese "casi", que nos acaba de aparecer como una advertencia; pues vuelve a poner en cuestión el carácter aparentemente "dado" del propio Yo: y es una prueba de la vitalidad espiritual del hombre ver hasta dónde persigue esta cuestión.

En efecto, para mí mismo no sólo soy obvio, sino también sorprendente. enigmático, incluso, desconocido, tanto que pueden ocurrir dos cosas como ésta: miro un día al espejo y me pregunto extrañado (¡qué reveladora es la palabra "extrañado", herido por la extrañeza, devuelto a la extrañeza; pero fijémonos: extrañeza entre mí y mi imagen!), me pregunto, pues ¿quién es ése? El espejo es una cosa curiosa. Las leyendas saben decir sobre él cosas misteriosas; y los discípulos de las leyendas, los poetas, han aprendido de ellas. En el espejo se muestra cómo yo, aunque parecía tan sólidamente unido y en orden conmigo mismo, de repente me contrapongo a mí mismo, me convierto en "objeto" ante mí.



¿Qué significa entonces: yo soy Yo-mismo?¹ ...¿No debería decir con la misma razón: Yo no soy yo, sino que espero llegar a serlo? ¿No me tengo a mí, sino que estoy de camino hacia mí? ¿No me conozco, sino que trato de conocerme?

En una hermosa novela -una de esas que, aunque no pertenecen por su rango a las más altas, son perfectas en su modesto valor, esto es, en "Kim", de Kipling, se cuenta de un muchacho que se llama Kimball. Es huérfano; hijo de padre irlandés y madre india. Algunas veces tiene una sensación extraña: entonces se queda quieto y se dice a sí mismo:

"Yo Kim..., Yo Kim..., Yo Kim..." Con eso tiene la sensación de penetrar cada vez más hondo, hacia algo definitivo, indecible; y si logra llegar ahí, todo estará bien. Pero en el penúltimo instante, se rompe: vuelve a la superficie, y todo ha sido vano. Y un día se presenta ante él un viejo asceta, le mira y dice con cara triste: "Ya lo sé, ya lo sé... ¡No resulta!".

¿Qué es eso? ¿Qué ha querido el muchacho? ¿Qué es lo que aquel viejo, experto en ejercicios interiores, ha sabido que no resulta? Captar con su "nombre" su "yo". Es decir, Kim ha querido que su ser y su saber de sí mismo se hicieran una sola cosa, con lo que él se haría evidente a sí mismo. Entonces todo estaría bien. Pero el buscarlo era signo de que no lo tenía; y el que nunca lo lograra, el que nunca lo pudiera lograr, era expresión de que aquí tropezaba con el límite de su posibilidad, esto es, con su finitud.

En diversos pueblos, sobre todo en el Norte, se encuentra un mito de profundo sentido, el del "doble" o "espíritu acompañante". Según eso, el hombre es ante todo tal como está encarnado y vive visiblemente; pero además es otra vez, y así es de veras. Ese ser auténtico va siempre detrás del ser inmediato; por eso se le llama "espíritu acompañante" o "seguidor". Por tanto, el hombre inmediato no ve al auténtico; sólo siente que está ahí; pero "detrás", es decir, en el dominio de lo que no está dado. Una vez, sin embargo, le rodea, se pone delante de él y le mira: entonces el hombre inmediato ve al hombre auténtico; y al verle se conoce a sí mismo. Se podría decir, partiendo de la historia de "Kim": su Yo y su nombre se hacen una sola cosa. Pero es la muerte. De ahí ha surgido la figura de la Walkyria: en el momento en que se pone delante de aquél a quien ha elegido, éste muere.

Ya vemos lo que aquí se expresa: lo que llamo "yo", es lo que me está dado. Pero no es absoluto, sino relativo y problemático. Algunos filósofos han emprendido el intento de eliminar del mundo este hecho. Por ejemplo, pensemos en la doctrina de la identidad del idealismo alemán, que ha afirmado que

¹ En la poesía de Morike "Margareta" se dice:

*Könnst' ich, o Seele, wie du bist,
Dich in den reinsten Spiegel fassen,
Was all dir einzig eigen ist,
Als Fremdes dir begegnen lassen!
Ja fiele nur aus diesem Aug' ein Blick,
Wie er uns traf, ins eigne Herz zurück.
Von sel'gen Schauern angeweht.
Scheu nahtest du dem namenlosen Bilde,
Wie einem Rätsel, das um Lösung fleht,
Dass eins im andern sich auf ewig stllte;
Doch ach, kaum hast du halb dich selbst erkannt,
Verkennst du dich, und hast dich abgewandt!*

(¡Si yo pudiera, oh alma, tal como eres / captarte en el más puro espejo; / y todo lo que es únicamente tuyo / hacer que te encontrara como ajeno! / Sí, si recayera sólo desde estos ojos / una mirada, al tocarnos, al propio corazón; / temerosa te acercaría a la imagen sin nombre, / como a un enigma que implora solución, / para que uno en otro para siempre se calmara; / pero, ay, apenas te has reconocido a medias, / te desconoces, y te has apartado!)

Sería preciso un análisis muy penetrante para poner de relieve la riqueza de significado de estos versos. Véase R. G., *Gegenwart und Geheimnis* (Presencia y misterio), una interpretación de cinco poesías de Eduard Morike (1957, págs. 35 sig.).



el Yo finito no es más que la forma que cubre el Yo infinito, esto es, el Yo de Dios. Esto suena a muy profundo, pero no lo es. Por lo pronto, la idea es falsa; pues si honradamente me pongo ante mí mismo, sé que no soy absoluto; que todo panteísmo viene de una embriaguez, de una exageración. Pero también la idea es superficial; pues la profundidad peculiar, tan admirable como abrumadora, de nuestra existencia, consiste precisamente en que yo soy persona como ser finito.

La facilidad para establecer esta distinción constituye una cualidad de nuestro espíritu occidental frente al asiático, propenso al panteísmo. En la misma novela "Kim" se narra otro hecho. Un asiático quiere examinar si el joven es apropiado para una tarea peligrosa: entonces le pone en un semi-hipnotismo, y señala un cántaro que hay delante: "¿Ves el cántaro? ¿Ves que tiene una hendidura? ¿Y que por la hendidura sale el agua? ¿Ves cómo se forma un charco alrededor?" El joven empieza ya a ver la hendidura y el agua que sale. Sin embargo, algo en él contradice: "¡Pero no es verdad!" Y ¿qué hace? Por la legítima defensa de su espíritu semieuropeo que nota que le van a llevar al engaño, se pone a decir la tabla de multiplicar, y ante sus ojos el cántaro vuelve a quedar entero y ya no se escapa el agua. El hombre dice: "Eres el primero que se me ha resistido. Querría saber cómo has hecho; pero, naturalmente, no lo revelarás". Cree que el joven dispone de fuerzas mágicas especiales para defenderse: sin embargo no ha hecho más que distinguir. Por la decisión de afirmarse espiritualmente a sí mismo, ha comprobado que dos por dos siempre siguen siendo cuatro, y que siempre vienen a resultar cuatro solamente; no cinco, ni diez, ni cien, ni, sobre todo, infinito. Se ha escapado al engaño de la infinitud, la mala infinitud en que se funden las distinciones y todo puede llegar a ser todo, porque nada es realmente lo que es. Ha trazado las fronteras, guardando el auténtico misterio de la vida humana, tan insondable en toda su evidencia.

Surge así la pregunta: ¿De qué modo yo soy yo mismo? y ahora la frase "yo soy para mí lo dado" adquiere un nuevo sentido. Ante todo ha significado: Mi "ser yo" es para mí lo obvio; lo primero; el núcleo de todo lo demás. Todo se refiere a ese yo. Lo que para mí se llama "mundo" está construido desde él y se refiere a él... Pero ahora también significa: Yo no soy por esencia, sino que me estoy "dado". Es decir, me he recibido. En el principio de mi existencia -el "principio" no sólo de modo temporal, sino también esencial: entendido como su raíz y su base- no hay una decisión, por mí mismo, de ser. Y mucho menos estoy ahí sencillamente, sin necesitar ninguna decisión para llegar a ser. Eso solamente ocurre así en Dios. Sino que en el principio de mi existencia hay una iniciativa, alguien que me ha dado a mí.

Que me ha dado en absoluto; y en cuanto a este ser determinado. No como hombre, sin más, sino como este hombre: perteneciendo a este pueblo, a este tiempo, a este tipo y a estas condiciones. Hasta esas últimas determinaciones que no existen en absoluto más que una vez, esto es, en mí: esa última peculiaridad que hace que me vuelva a reconocer a mí mismo en todo lo que hago, y que se expresa en mi nombre.

Pero con eso, al mismo tiempo, queda propuesto un deber. Un deber muy grande; quizá se puede decir que es el que está en la base de todos los deberes concretos.

He de querer ser el que soy: querer ser yo realmente, y sólo yo. Debo ponerme en mi yo, tal como es, asumiendo la tarea que con eso me está propuesta en el mundo. La forma básica de todo lo que se llama "oficio", "vocación"; pues desde ahí me acerco a las cosas, y hacia ahí asumo las cosas.

Expresémoslo negativamente: No puede eludir lo que me presentan; por ejemplo, en la fantasía, soñando que me meto en otro: soñando que soy ése o el otro... que hago esto y lo otro... que puedo hacer esto y lo otro... que desempeño tal o cual papel... Hasta un cierto punto, todo eso es inocente: se reposa así del ser propio. Pero desde aquí viene el peligro de evadirse de sí mismo.

Tampoco puedo evadirme de lo malo que hay en mí: malas disposiciones, costumbres consolidadas, culpa acumulada. Debo aceptarlo y hacer frente a ello: así soy... esto lo he hecho... No con rebeldía; eso no es aceptación: es endurecimiento. Sino en verdad, porque sólo ella lleva más allá del mal: soy así; pero quiero llegar a ser de otro modo.



La suprema forma de evasión es el suicidio. No es ocioso hablar de él, pues cada vez se convierte más en uno de los grandes peligros de la época. Mengua la fidelidad: también y precisamente como fidelidad al propio ser. La sensación de que “ser yo” sea un deber se debilita cada vez más, porque desaparece la conciencia de estar dado a sí mismo. Y como los modos de quitarse la vida son cada vez más sencillos, el suicidio se vuelve cada vez más fácil y banal. Se ha elogiado como un extremo de valentía objetiva poder concluir en el momento dado sin hacer mucho ruido, pero ¿es realmente valentía atreverse a algo peligroso hacia fuera, sin responder de ello consigo mismo? La cápsula de cianuro potásico en el bolsillo ¿no suprime en realidad la auténtica valentía? La auténtica valentía significa saber que se está puesto en un lugar, no por el pequeño o gran jefe de cada caso, sino por el Señor de la vida, Dios; y por eso no cabe apartarse hasta que El mismo le llame a uno a retirarse. Esto es lo que empieza a dar su seriedad a toda acción y riesgo. La otra valentía viene de la falta de respeto a sí mismo; yo soy cualquiera, si desaparezco, hay otros. Como con las hormigas caminantes; si se aplasta una, siguen andando cien; si se las pisa a todas, sigue existiendo la especie; si la especie misma se aniquila... bien, en definitiva no hay nada realmente importante.

Este deber puede llegar a ser muy difícil.

Existe la rebelión ante el tener que ser uno mismo: ¿Por qué tengo que serlo, entonces? ¿He pedido ser?. Existe la sensación de que ya no vale la pena ser uno mismo: ¿Qué saco con eso? Me aburro a mí mismo. Estoy contra mí. No me aguanto ya a mí mismo... Hay la sensación de haberse engañado a uno mismo: de estar encarcelado en uno mismo: Solamente soy esto, y, sin embargo, querría ser mucho más. Sólo tengo esas dotes, y, sin embargo, querría otras más resplandecientes. Siempre tengo que ser lo mismo. Siempre tropiezo con las mismas fronteras. Siempre cometo los mismos errores, percibo que se me ha rehusado lo mismo...

De todo esto puede surgir una infinita monotonía: un hastío temible. Hay épocas enteras caracterizadas por ese hastío, y precisamente con una cultura muy alta. Pensemos, por ejemplo, en el siglo XVIII francés, en que el aburrimiento desempeñó un papel para nosotros ya apenas comprensible; tanto que muchos, rodeados de un admirable refinamiento en la forma, en el trato, en el arte, en el disfrute de la vida, " se secaban de hastío", como dijo Pascal.

Entonces, el acto de ser yo mismo se convierte, en su raíz, en un ascetismo: debo renunciar al deseo de ser otra cosa sino lo que soy; incluso, otro del que soy. Qué apremiante puede hacerse ese deseo lo podemos ver por los mitos y leyendas que se repiten en todos los pueblos, y en que una persona se transforma en otro ser: hacia arriba, en una constelación, hacia abajo, en un animal, o en un monstruo, o en una piedra... Debo renunciar a tener cualidades que me están rehusadas; debo reconocer mis límites y mantenerlos. Esto no significa la renuncia al esfuerzo de elevarse. Eso puedo y debo hacerlo yo en la línea de lo que se me ha dado... Tampoco puedo sucumbir al resentimiento, esa actitud que revela que no he aceptado realmente ni he renunciado de veras, y que consiste en hacer malo lo que se me ha rehusado.

En la raíz de todo está el acto por el cual me acepto a mí mismo. Debo estar de acuerdo con ser el que soy. De acuerdo con poseer las características que tengo. De acuerdo con estar en los límites que se me han trazado.

Todo eso se hace especialmente difícil cuando percibo no sólo los límites, sino las insuficiencias y defectos de mi ser; problemas de salud; trastornos en la armonía psíquica; cargas de herencia de antepasados; estrechez por la situación histórica y social, y así sucesivamente. ¿Por qué es todo esto?

A partir de ahí puede hacerse ver tajantemente en la conciencia que la instalación en la existencia individual no puede ser penetrada con el entendimiento. Yo soy capaz de ver cómo ha ocurrido en mí tal o cual situación de hecho; por ejemplo, no fui previsor, he tenido una desgracia. y con eso se ha producido un daño. Pero ¿ está así todo realmente claro? Lo está, en cuanto se trata de otro. La sucesión de ideas: fue imprudente, le atropellaron y ahora tiene una fractura de hueso; o sus padres le educaron así, y por eso se han desarrollado estos defectos... o en sus antepasados también se dieron



estos defectos corporales o espirituales, y han pasado a él: esas series no satisfacen a la pregunta del por qué. Pues si en vez de la palabra "él" se pone la palabra "yo" ¿sigue estando todo claro? En lo biológico y psicológico, de acuerdo; pero, ¿y en lo existencial, en la comprensión viva de mí mismo? Semejante explicación ¿no pierde su capacidad última de convicción en cuanto se refiere a mí? He tenido la desgracia ¿por qué tenía que tenerla precisamente yo? Mis padres cometieron tales o cuales defectos en mi educación: ¿por qué tenían que ser precisamente los míos? Mis antepasados tenían tal o cual lastre: ¿por qué precisamente aquellos de los que desciendo?

A la pregunta ¿por qué soy como soy? ¿Por qué soy en vez de no ser? -y todas las demás formas en que se pueda prolongar por las tres dimensiones de mi existencia- no hay ninguna respuesta por parte de mi ser inmediato. Pero tampoco por mi circunstancia: más aún, ni siquiera por parte del mundo en general.

Todos los intentos de explicarme por presuposiciones de la sociedad, de la historia, de la naturaleza, son malentendidos. Pues aquello a lo que responden esas "explicaciones", son las preguntas relativas a la conexión general de las causas materiales, biológicas e históricas. Pero la pregunta que aquí se trata es completamente distinta. Se dirige a algo que existe sólo una vez: a mí... y no porque yo sea algo importante, algo extraordinario, sino porque yo soy precisamente yo mismo, y eso deja abolida toda inserción en lo universal. A la pregunta: ¿Por qué debo ser yo precisamente aquello en que actúan tales o cuales influjos?, no hay respuesta.

No puedo explicar cómo soy yo-mismo; no puedo comprender por qué debo ser de tal o cual modo: no puedo disolver mi existencia en ningún sistema de leyes naturales o históricas, pues no es una necesidad, sino un hecho. Pero a la vez, es el hecho para mí decisivo, el hecho, en absoluto. Es como es, y podría no ser. Y, sin embargo, determina mi existencia entera desde lo más íntimo.

Todo esto significa: no me puedo explicar a mí mismo, ni demostrarme, sino que tengo que aceptarme. Y la claridad y valentía de esa aceptación constituye el fundamento de toda existencia.

Esa exigencia no la puedo cumplir por caminos meramente éticos. Sólo puedo hacerlo desde algo más alto; y con esto estamos en la fe.

Fe significa aquí que yo comprenda mi finitud desde la instancia suprema, desde la voluntad de Dios.

Dios es real y necesario. Está fundado en Sí, está lleno de sentido y no necesita ninguna explicación. La explicación de Dios es El mismo. Es así porque es así. Y existe, en absoluto, porque es Dios. Es lo absolutamente obvio, comprensible por Sí mismo; en lo cual, claro está, debemos entender por ese "mismo" de cuya comprensión se habla aquí, es El.

Ese Dios es el Señor; y El lo es por esencia. Eso no sólo significa que El es Señor sobre el mundo, sino también: y ante todo, Señor sobre Sí mismo. Descansa en su propio poderío. Tal es también el nombre que se ha dado. En el comienzo de la Historia Sagrada está la visión de! Horeb. "Entonces dijo Moisés: .Iré a ver a los hijos de .Israel y les diré: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Pero si preguntan cuál es tu nombre ¿qué les responderé? Dijo Dios a Moisés: Yo soy el que soy. y dijo también: Así hablarás a los hijos de Israel: Yo-Soy me ha enviado a vosotros" (Ex., 3, 13-14). ¿Y qué significa el nombre que Dios se da ahí? Por lo pronto: Yo soy Aquel que está aquí en realidad y poder, y ahora me pongo a actuar... y significa, además: No tomo ningún nombre del mundo, sino que lo tengo en Mí mismo... y significa también, en lo más íntimo: Mi nombre es el modo como Yo soy Yo-mismo. Sólo Yo soy así: a la vez en pura necesidad y perfecta libertad.

Ese Dios es el que me ha creado. Quedándonos en nuestro tema: Es Aquel que me ha dado a mí mismo. Con eso llega a su fin la cuestión. No tiene sentido preguntar más allá, por ejemplo: ¿por qué me ha dado a mí, y me ha dado como éste que soy, y hoy y aquí?; pues eso mostraría solamente que no he valorado lo que se llama "Dios". Responder: me ha creado porque así el conjunto del mundo está



bien; o porque tengo que realizar en el mundo tal o cual cosa; o porque tiene pleno sentido que haya existencia personal; todo eso no implica más sino menos que responder: porque El lo ha querido².

La cuestión de mi existencia: ¿ Por qué soy el que soy? ¿ Por qué me ocurre lo que me ocurre? ¿ Por qué se me rehúsa lo que se me rehúsa? ¿ Por qué soy como soy? ¿ Por qué soy, en absoluto, en vez de no ser, más bien?, esas preguntas sólo reciben respuesta en la referencia a Dios.

De todos modos, debemos añadir en seguida: en cuanto que esa relación no se piensa sólo de modo abstracto, sino que se experimenta de modo vivo, y en la medida en que esto ocurra. Pero eso puede ocurrir. Pues una experiencia tal está llena de gracia; pero se ha prometido que se le dará -es "el buen don" en absoluto- a aquellos que la pidan con la sinceridad y la paciencia de su corazón, esforzándose por ello en oración y meditación.

En el comienzo de la filosofía occidental aparece repetidamente la cuestión del *arjé*, el principio de todas las cosas, y se le dan variadas y profundas respuestas. Pero hay sólo una respuesta que responda realmente: darse cuenta religiosamente de que mi principio está en Dios. Digámoslo mejor: en la voluntad de Dios, dirigida hacia mí, de que he de ser, y ser el que soy. Y a su vez, la piedad significa recibirse constantemente desde esa voluntad de Dios.

.Ese es el principio y fin de toda sabiduría. La renuncia a la soberbia. La fidelidad a lo real. La limpieza y decisión de ser uno mismo, y por tanto, la raíz del carácter. La valentía que se sitúa ante la existencia y precisamente así se alegra de esta existencia. Es bueno volver siempre a tomar nueva conciencia de esa "Carta Magna" del existir.

Ciertamente, aquí también es la ocasión de decir algo sobre ese elemento de que hoy se habla tanto, en serio y sin seriedad, esto es, la angustia. No nos referimos a esa angustia para la cual siempre hay motivo bien fundado, esto es, la sensación de una amenaza por la situación política, o por la misma evolución cultural y social³. Más bien es la angustia que no tiene motivo determinado, sino que surge de la situación siempre dada de la existencia. La filosofía de las últimas décadas ve en ella la autopercepción del ser finito en cuanto tal, que se siente acosado por la nada. Es inseparable de la conciencia de ser, más aún, idéntica con ella; ser significa estar en la angustia.

Ya es hora de rebatir esto. El ser finito no debe en absoluto estar en la angustia, sino que también podría existir con ánimo y confianza. El que nuestra existencia tenga el carácter de la angustia, no constituye lo primero, sino lo segundo: pues la finitud que aquí se angustia es culpable de su propia angustia. Es la finitud sublevada, que precisamente por su rebelión ha caído en el abandono. La primera finitud, el hombre en su comienzo, se sabía creado y entregado a su ser propio por Dios, que es el verdadero y el bondadoso. Sabía que su libertad estaba fundada en la libre voluntad de Dios; por ahí recibía razón y poder para seguir adelante por su propia vida. Esa finitud era percibida como dicha, como posibilidad capaz de todo cumplimiento. En ella no había angustia, sino ánimo y confianza y alegría. Su expresión era el Paraíso.

Hubo angustia sólo cuando el hombre se rebeló contra ser finito; cuando pretendió ser, no ya imagen semejante, sino prototipo, esto es, algo absolutamente infinito. Con eso, ciertamente, siguió siendo finito, pero perdió la conexión con su origen. Entonces la confianza degeneró en soberbia, y el ánimo se convirtió en temor. La finitud que antes se percibió como algo precioso, se presentó ahora a la conciencia como algo problemático; la inconmensurable amplitud de lo posible se convirtió en vacío y suspensión, Hasta que por fin la negación de Dios en la época actual llegó a crear en torno de la propia finitud el vacío amenazador, la nada, proclamada hasta el hastío, el fantasma del Dios negado. Quien está en esa situación tiene toda clase de motivos para la angustia, pero no porque ésta forme parte de la esencia de la finitud sino porque él,

² De todos modos, para eso también debe estar íntegra y en claro la idea de Dios. Véase el apéndice al final.

³ Cfr. Guardini, *El poder (Die Macht)*, Würzburg, 1957. Trad. Ed. Guadarrama, 1963



llevando a su extremo la herencia del pecado original, se ha decidido por la existencia sin sentido de la mera finitud.

Volvemos atrás: sólo desde la aceptación de sí mismo lleva el camino al auténtico futuro para cada cual, a su propio futuro. Pues crecer como hombre no significa querer salirse de sí mismo. Comportarse éticamente no significa entregarse. Hemos de ejercitar la crítica contra nosotros mismos, pero con lealtad hacia lo que Dios ha puesto en nosotros. Y en cuanto a lo que se refiere al arrepentimiento, no puede convertirse nunca en renuncia de esa mismidad. Comprender el arrepentimiento es esencial para toda comprensión profunda del hombre, así como ejercitarlo es esencial para orientar la propia vida que haya de salir adelante entre los abismos de la soberbia, por un lado, y los de la desesperación, por otro. El arrepentimiento es una de las más poderosas formas de expresión de nuestra libertad. En él nos enjuiciamos a nosotros mismos, poniéndonos contra nosotros mismos al lado del bien. El arrepentimiento no puede hacer que no haya ocurrido lo ocurrido; intentarlo sería una mentira. Más bien descansa en la verdad, esto es, en la comprensión de que yo he hecho realmente esto o lo otro. Pero esa verdad se convierte en punto de partida de una nueva conducta, y recibe con eso un carácter nuevo. Nuestra vida sólo es definitiva después del último aliento; hasta entonces puede cambiar de carácter todo lo ocurrido, lo peor como lo mejor, al tomar posición de nuevo ante ello, sacando las consecuencias que nos son posibles. Nuestra vida, entonces, es aquello que esa toma de posición le hace ser. Pero todo eso no significa que el que se arrepiente rechace su ser propio. En cuanto lo haga, ya no es arrepentimiento, sino desesperación⁴.

Frente al deshonor que el hombre se inflige hoy día, en pensamiento y acción, queremos expresar así la relación de sentido: Hemos de arrepentirnos de lo que hemos hecho de malo, y de lo que nos hemos llegado a infligir nosotros por ello; pero con respeto hacia aquello para ser lo cual Dios nos ha creado previamente y de modo básico. Ha de descubrirse de nuevo el respeto del hombre a sí mismo. Está arraigado en la verdad, en buena medida olvidada, de que Dios mismo nos respeta. El hombre no procede de la Naturaleza, sino del conocimiento y del amor, y eso significa a su vez: de la responsabilidad del Dios vivo. Un hombre que viniera sólo de la Naturaleza no se podría respetar; así como tampoco puede respetarse un animal. Y es importante que aprendamos a respetarnos a nosotros mismos, pues la historia de la Humanidad amenaza cada vez más con ir hacia el deshonor del hombre; así como amenaza destruirle, y lo uno sólo se hace posible por lo otro. La guerra moderna, con sus armas, no sería posible si en el hombre no actuase la tendencia a la muerte; y ningún totalitarismo tendría éxito si en el hombre no hubiera algo que está de acuerdo con su propia deshonor. Pero Dios no ha creado al hombre tal como a los cuerpos celestes, esto es, como objeto; sino poniéndole en su Tú y llamándole. Y con eso precisamente ha puesto el respeto al hombre como fundamento de la relación con El mismo en que El le ha situado. Por eso el juicio que emita el hombre sobre sí mismo no puede abolir jamás el respeto fundamental que debe tener ante él mismo: por la razón de que Dios lo tiene⁵.

Y además, si me estoy dado a mí mismo, con ello mismo me está dada también mi oportunidad vital: y si Aquél que me ha dado a mí mismo es el Sabio y Bondadoso, e incluso, como dice Cristo, mi Padre, entonces, según las mismas palabras de Cristo, quiere "que yo viva, y viva en plenitud". Y esa plenitud de vida sólo puede ser la mía; no la de otro. Por eso el camino a todo lo bueno arranca de mí puesta en juego esencial; y la valentía de la aceptación de mí mismo significa a la vez la confianza en ese camino.

Ser-yo significa precisamente tener un camino que lleve desde el Yo de la situación inicial al de la plenitud. Este puede dar muchos rodeos, a través de estrecheces y oscuridades. Aparentemente puede borrarse y destruirse. Pero siempre sigue ahí, aun cuando lleva a través de la ruina. No se dicen estas

⁴ Aquí no podemos penetrar en el más hondo sentido del arrepentimiento, en su relación con el poder divino del principio, con la gracia y el nuevo nacimiento, todo lo cual se concreta en el misterio de la Redención.

⁵ La situación en que pone al hombre el totalitarismo da un papel apremiante a la investigación de lo que es el honor y la elaboración de una ética cristiana del honor, también y sobre todo en relación con la conciencia del pecado y la exigencia de la humildad.



cosas con gusto. Suenan de modo patético. y además la conciencia objeta si es cierto que el que lo dice lo toma en serio él mismo. Pero, pese a todo, debe decir la verdad, aun cuando él mismo no pueda quedar en pie ante ella. La muerte no es lo que proclama toda esa macabra charlatanería que hay en la filosofía y la poesía y el arte: el camino pasa a través de ella.

Pero ¿es exacto, si se considera a la luz del mensaje cristiano? Pues éste habla de la caída original del hombre; de que es incapaz de encontrar por sí la salvación: de que todo lo que lleva a la salvación, redención, perdón, santificación, sólo viene de la gracia: ¿no queda abolido con esto todo lo que hemos dicho?

Todo lo que lleva a la salvación es gracia: eso es cierto. Pero no debemos dejarnos confundir por los conceptos. Hay un modo de hablar de la condición de gracia de la nueva vida que resulta fatal, porque extingue la persona del hombre, dejándole asumido en la situación redimida como una cosa sin voluntad. O le desgarran en dos, y por un lado hay un hombre, el natural, el malo; y al otro lado otro hombre, el llamado y santificado por la gracia de Dios; y entre ellos no hay nada que vaya del uno hacia el otro. Pero no es así. El Dios redentor es el mismo que el creador; y el hombre a quien dirige Su gracia es el mismo que fue creado por El.

Ciertamente, es gracia oír el mensaje, creer en él, confiarse a Dios y poder recibir la nueva vida; pero aquél a quien le ocurre esto es el hombre en su mismidad personal; constituido por sus propiedades y energías, por sus posibilidades y límites. La nueva vida procede de un nuevo principio; pero el que nace en ese principio es precisamente aquél que existía antes. Lo antiguo y lo nuevo, el hombre caído y el hombre redimido son una y la misma cosa. Cierto es que la nueva vida tiene el carácter que San Pablo llama el "estar formado a imagen de Cristo", pero el que así es formado es el mismo hombre que antes estuvo en la confusión. Por Su amor Dios le da a sí mismo renovado; pero entre la segunda donación y la primera persiste esa misma identidad que se indica con la palabra "estar redimido".

Pero ¿cómo se han de comprender estas cosas?

Hay diversas especies de comprensión, y tienen condiciones diversas. Así, hay la simple visión del entendimiento. Por ejemplo, cuando se trata de un problema de matemáticas o de ciencias exactas, entonces examino los supuestos previos, lo que de ello se deduce, y llego al resultado: "así es". Aquí la comprensión depende de; que yo capte exactamente la cuestión, de que piense con claridad y no lo deje antes de haber penetrado la conexión.

Otra especie de comprensión se refiere a la forma y esencia de algún ser. ¿Qué es un árbol? ¿Esta cosa que penetra en la tierra y se eleva abrazando el espacio; que está quieta y sin embargo vive, tan poderosa y tan misteriosa? Quizá doy vueltas mucho tiempo en torno a su enigma; pero de repente se me abre, y comprendo: "el árbol". Lo que entiendo ahí, procede de haber sido tocado por la esencia de la cosa, por la iluminación de su sentido, haciendo que los hechos empíricamente determinables y racionalmente perceptibles reciban su adecuada valoración.

Una tercera forma se refiere a una persona, bien sea de la Historia, o bien de mi ambiente. Quizá nunca he tomado conciencia especial de ella; o no la he comprendido. Pero luego se ha añadido a esto el encuentro, el conocimiento, y la he visto. Hubo simpatía, un modo de mirarse cara a cara que abrió el saber: "¡De modo que eres así! ¡Ese eres tú!" Pero, ¿cómo comprendemos el propio yo?

Habría que pensar que esto debería resultar de lo más fácil, pues constantemente tenemos que habérnoslas con nuestro propio yo. No tenemos que hacer ningún viaje, pues siempre está ahí. No tenemos que sacarlo de ningún escondrijo, pues está ante la mirada interior. No tenemos siquiera que mirarlo, pues lo somos nosotros. Pero quizá ahí está el mayor obstáculo. Ocurre que, en efecto, las personas con que tratamos diariamente nos llaman menos la atención que alguien a quien encontramos de repente. La proximidad diaria es una cobertura que esconde lo peculiar. ¿Y cuando no se trata de un encuentro, sino que yo mismo soy el que me encuentro? Entonces hay una distancia mayor que si tuviera que recorrer largo camino.

Hay un libro del filósofo Keyserling en que cuenta cómo ha viajado por el mundo para conocerse a sí mismo. Si se ha leído el libro, uno se pregunta si lo ha conseguido; si lo ha conseguido mejor que el



pobre Kim, que se arrimaba a una pared diciéndose a sí mismo: "yo: Kim", con la idea de que se captaría a sí mismo, pero al final todo fue en vano...

Hay, sin embargo, otra descripción, muy famosa, de cómo se procura captar al que tenemos más cerca, esto es, a uno mismo, por el camino más largo: la "Divina Comedia" de Dante. Ahí el recorrido se separa de la tierra y cruza por el infierno y todas sus profundidades; por el Purgatorio, con todos sus niveles; por las esferas del Cielo, hasta el último apartamento de Dios. Pero al fin se lee cómo al peregrino se le manifiesta el misterio de Cristo, por el cual nuestra existencia es asumida en la existencia del Hijo de Dios. Entonces no sólo comprende lo que queda más allá de todo lo terrenal, sino que también se comprende a sí mismo. Después de haber conocido quién es Cristo, sabe también quién es Dante, y entonces todo está de veras resuelto.

Esto es muy profundo, pero asimismo, ni bien se lo considera, es verdaderamente obvio.

Quién soy yo, sólo lo comprendo en Aquel que está por encima de mí. Mejor dicho: en Aquel que me ha dado a mí mismo. El hombre no puede comprenderse partiendo de sí mismo. Las preguntas en que aparezca la palabra "por qué" y la palabra "yo"; ¿por qué soy como soy? ¿por qué sólo puedo tener lo que tengo? ¿por qué soy, en general, en vez de no ser?; no se pueden responder por parte del hombre. La respuesta sólo la da Dios.

Y aquí nos acercamos a lo que significa el Espíritu Santo, del que se nos dice que es "el Espíritu de la verdad", el que "introduce en toda verdad"; y además, que es el Espíritu del amor. El puede enseñarme a comprender esa verdad que nadie me puede enseñar, esto es, mi propia verdad.

Pero ¿cómo? No por ciencia, ni por filosofía, sino penetrando en mí mismo. Pues El es la interioridad de Dios. En el Espíritu Santo es Padre Dios, en el Espíritu Santo es Hijo. Quizá se puede decir incluso: en el Espíritu Santo, Dios es Dios. En El, Dios se penetra de Sí mismo, y está en unidad consigo mismo, disfrutándose a Sí mismo.

Ese Espíritu puede hacer también que yo me penetre de mí mismo. Puede hacer que yo cruce esa lejanía, estrecha como un cabello y sin embargo tan hondamente separadora, que hay entre mí y yo mismo. Puede hacer que llegue a tener paz conmigo mismo. Pues en mí no hay paz. Todas esas preguntas que contienen el "por qué" y el "yo" son expresión de un hondo desdoblamiento interior. No estoy en unidad conmigo mismo; por eso no sé de mí. Los primeros hombres no se aceptaron a sí mismos en la hora de la prueba, sino que quisieron ser lo que no podían ser eternamente. No quisieron ser imagen semejante, sino prototipo; no creados y dados por Dios, sino Dios mismo. Y el resultado fue que perdieron la unidad con su propia esencia, perdiendo también por lo tanto el saber de sí mismos. Su ser olvidó su nombre. A partir de ahí, nombre y ser se buscaron mutuamente sin encontrarse. En el Espíritu Santo dio Cristo la Redención, la reconciliación, la paz; con Dios, y en Dios con el propio yo. El Espíritu Santo realiza la Redención en el creyente. Allí hace que éste se acepte en la voluntad de Dios, desde su base, haciéndose evidente a sí mismo. Estas dos cosas van unidas, más aún, son lo mismo. Sólo se puede saber realmente sobre ellas cuando se las acepta realmente; y sólo se las puede aceptar realmente cuando se sabe puramente lo que son. Lo uno presupone lo otro.

Esa unidad es amor. Hay que saber sólo dónde hay amor. Por parte del hombre no hay un saber frío, ningún saber con violencia, sino sólo con esa generosidad y libertad que se llama amor. Pero el amor empieza en Dios: empieza en que me ama y yo me hago capaz de amarle; y Le estoy agradecido por esta primera donación que me ha hecho, y que es: Yo mismo.